



AÑO XXXIV

MADRID, MAYO DE 1907

NÚM. 396-3

## Señor, yo te conozco...

LETRA DE D. J. ZORRILLA.

MÚSICA DE F. OREJÓN.

ANDANTE.

Se — ñor, yo te co — noz — co; la no — che a — zul, se —

re — na, me di — ce des — de le — jos; tu Dios se es — con — de a —

llí. Se — llí. Pe — ro la no — che os — cu — ra, la de nu —

*pp*



bla - dos lle - na, me di - ce más pu - jan - te: tu Dios se a - cer - ca á

ti; me di - ce más pu - jan - te: tu Dios se a - cer - ca á ti.

2. Te acercas, sí; conozco  
 las orlas de tu manto  
 en esa ardiente nube  
 con que ceñido estás:  
 el resplandor conozco  
 de tu semblante santo,  
 cuando al cruzar el éter  
 relampagueando vas.

3. Conozco de tus pasos  
 las invisibles huellas  
 del repentino trueno  
 en el crujiente son;  
 las chispas de tu carro  
 conozco en las estrellas,  
 tu aliento en el rugido  
 del rápido aquilón.

4. ¿Quién ante Ti parece?  
 ¿quién es en tu presencia  
 más que una arista seca  
 que el aire va á romper?  
 tus ojos son el día,  
 tu soplo la existencia,  
 tu alfombra el firmamento,  
 la eternidad tu ser.

5. ¡Señor, yo te conozco!  
 mi corazón te adora;  
 mi espíritu de hinojos  
 ante tus pies está;  
 pero mi lengua calla,  
 porque mi lengua ignora  
 los cánticos que llegan  
 al grande Jehová.

### TAN ESTÚPIDO COMO UN BORRICO

No acierto á explicarme el por qué de la calificación de estúpidos dada universalmente á estos animales, que por otra parte son tan útiles al hombre, ni por qué se suele dar el apodo de *borrico* al que está no muy dotado de sentido común.

Conocí un borriquito á quien llamaban *el Pelao*, tan escualido, tan hambriento, que me tomé la libertad de ofrecerle algunas lechugas. Dos días se-





guidós lo hice al verle pasar tirando de su carrito por delante de mi ventana. Al tercer día, *el estúpido*, no viéndome por la ventana, asomó por ella su borrical cabeza y dió un sentido rebuzno como para llamarme. No confundió mi casa con otra, ni mi ventana con otras ventanas de la misma casa.

Me acuerdo también de haber leído lo siguiente: Unos caballos y unos burros, que habían estado trabajando juntos todo el día, fueron soltados á bastante distancia del corral donde estaba su cuadra. Los caballos se plantaron muy pronto en el corral; los burros, impertérritos, sin salir de su paso, llegaron algo después. Fue el caso que la puerta del corral estaba cerrada con un pestillo de madera: los caballos se revolvían inquietos, pero nada hacían ni adelantaban con su inquietud. Llegó muy serio uno de los *estúpidos* borricos, vió el pestillo, dió un rebuzno de satis-

facción y con sus dientes lo sacó y la entrada quedó franca.

Habrán observado también nuestros lectores que es muy frecuente entre los carreteros poner á la cabeza de los tiros de mulas un borrico. ¿Para qué? Poco significa la fuerza de un borrico al lado de la de cuatro ó seis mulas reunidas. Es porque el borrico aprende mejor el camino y sabe mejor la dirección que ha de llevar: va de guía. Haced un viaje, aunque sea muy largo y por entre montañas y cruceros, con un borrico; volved á hacerlo otra vez, aunque sea después de algún tiempo: no haya miedo de que el borrico se equivoque: tiene mucha perspicacia y mucha memoria.

## LA VIDA DE LA ALDEA

Quando el Enero helado  
me coge en esta sierra, miro luego  
el humo idolatrado  
de mi pobre cabaña, cuyo fuego  
aun de lejos mirado  
me sirve de consuelo y de sagrado.

En estas altas sierras  
vivo contento, alegre y descansado,  
no como en las ciudades  
al bullicio sujeto del Estado;  
pues no hay mayor desdicha  
que á costa de la vida amar la dicha.

Sin ambición profana,  
el cielo me sustenta en esta choza.  
Sale aquí la mañana  
mensajera del sol, y es su carroza  
tan suave al oído,  
que de sola la luz siento el sonido.



¡Oh santas soledades,  
retratos del sagrado paraíso!  
No son las vanidades  
quien vuestro lustre y majestad deshizo:  
vosotras con decoro  
halláis la plata y despreciáis el oro.

Sois alma del deseo,  
sér de la vida, vida de la muerte,  
adorno del trofeo,  
centro del sabio, corazón del fuerte,  
y el que una vez os trata  
triunfa del vicio, y la delicia mata.

¡Oh albergue soberano!  
Emulación de cuantos chapiteles  
el griego y el romano  
fundaron, duplicando las Babeles:  
vuestra quietud dichosa  
es cifra de la mano poderosa.

Fabricio, si eres rico,  
mira bien el caudal que aquí poseo;  
y luego te suplico  
que me digas quién gana en este empleo:  
que yo con mi pobreza  
soy más rico que tú con tu riqueza.

¿Tienes muchos criados?  
Pues no te envidio sin tener ninguno.  
¿Tienes muchos ducados?  
Pues en mi choza no hallarás ni uno.  
¿Tienes quietud? Ninguna.  
Pues búrlome por Dios de tu fortuna.

Cuando tú te levantas  
te saluda el común desasosiego,  
mas mis quietudes santas  
no tienen el bullicio de este fuego.  
Mis arroyos sonoros  
mudos me cantan en distintos coros.

Las perlas, los diamantes  
sin esa joya de mayor tesoro  
son riquezas errantes.

Necio es el hombre que idolatra el oro;  
que el sosiego del alma  
es de esta vida victoriosa palma.

Viva en la corte ufano  
el soberbio político muriendo,  
y en solio soberano  
vivan con él los que le están vendiendo;  
que yo sin esta muerte  
contento vivo con mi humilde suerte.

Beba en taza dorada  
el príncipe mayor; tenga su mesa  
de siervos rodeada;  
que yo, á quien de esta vanidad no pesa,  
bebo en taza de hielo  
el líquido cristal de un arroyuelo.

En algodón se acueste  
rodeado de ricas colgaduras  
y su alcázar le preste  
seguridad en dóricas figuras;  
que yo sin tanto muro  
duermo en mi choza mucho más seguro.

Esta quietud adoro,  
esta vida pacífica poseo:  
no la riqueza lloro,  
la ambición ni la quiero ni deseo:  
que en mí las soledades  
son las siempre dichosas majestades.

ANTONIO HENRÍQUEZ GÓMEZ

Este poeta, huyendo de la Inquisición, marchó á Flandes. Los inquisidores le quemaron en estatua en un auto de fe en Sevilla el año 1660. Al poco tiempo un amigo le encontró en Flandes, y le dijo: «¡Oh señor Henríquez, yo vi quemar vuestra estatua en Sevilla!» Respondió Henríquez con gran risa: «allá me las den todas», y desde entonces quedó en uso vulgar esa expresión.